

# EL ÚNICO AMIGO DEL DEMONIO

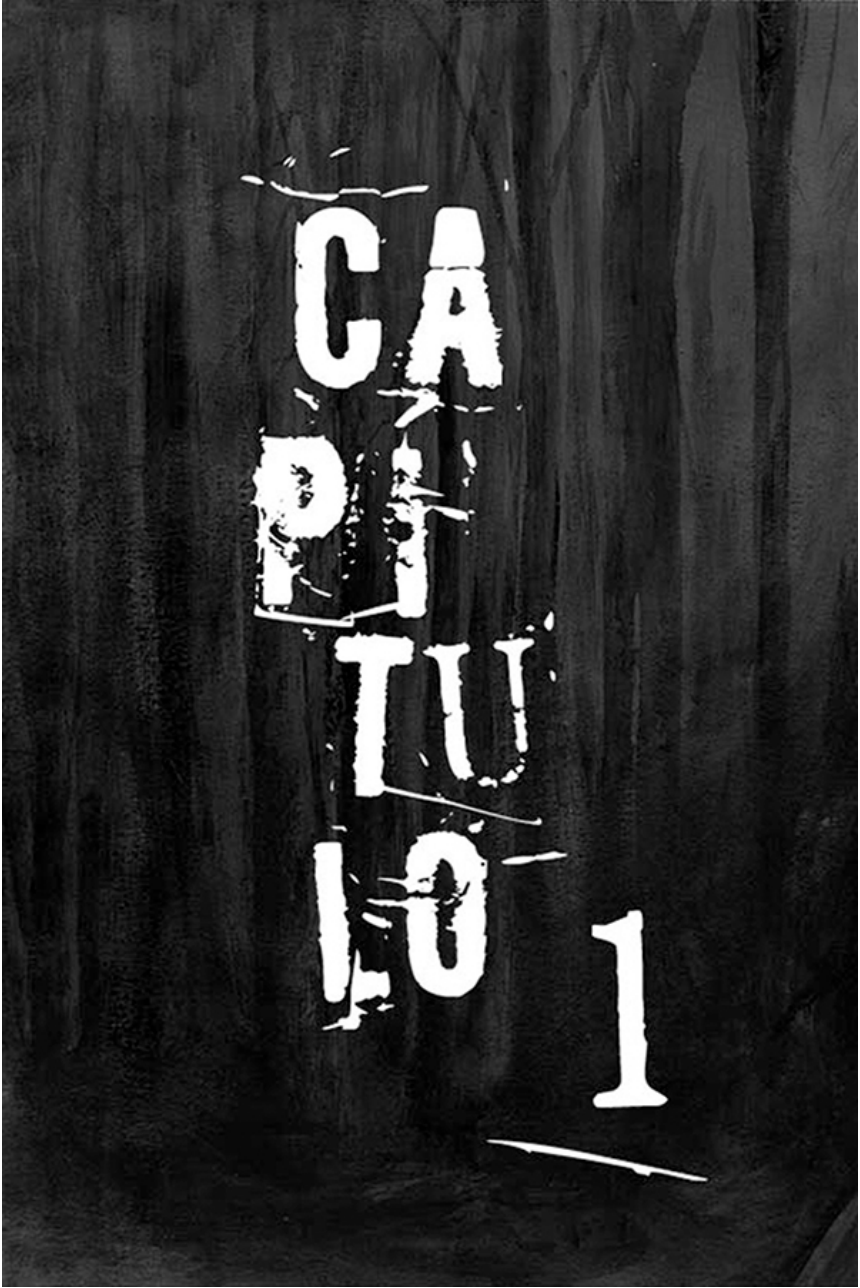
DAN WELLS

Esta vez, el enemigo es mucho más oscuro de lo que puedes imaginar.

John Wayne Cleaver caza demonios: ellos asesinaron a sus vecinos, a su familia y a la chica que amaba. Pero al final, John siempre termina ganando. Ahora, trabaja para un equipo secreto del gobierno y utiliza su habilidad para cazar y asesinar tantos demonios como sea posible.

John no quiere la vida que tiene; no quiere que el FBI lo persiga a todas partes; no quiere que su única amiga esté encerrada en un hospital psiquiátrico; ni tampoco quiere enfrentar a un caníbal que se llama a sí mismo EL Cazador. John tampoco quiere matar gente, pero, como todos sabemos, no siempre podemos obtener lo que queremos. Y él lo aprendió de la peor manera: las manchas de sangre en su ropa se lo recuerdan todo el tiempo...

¿Podrá escapar de esa pesadilla eterna?



Soy bueno ahora, lo prometo.

Mi nombre es John Wayne Cleaver, y nací en un pequeño pueblo en medio de la nada llamado Clayton. Ya saben, esas pequeñas ciudades al costado del camino, por las que pasas sin notarlas, o tal vez, te detienes para cargar combustible y piensas: *Qué basurero, ¿quién podría vivir aquí?* Por dieciséis años, yo pensé eso. Y desearía poder decir que era aburrido, que jamás pasaba nada y que vivíamos bajo una espesa neblina de inocencia, lejos de los problemas del mundo moderno, pero no puedo hacerlo.

He matado gente. No tanta como otras personas, lo aseguro, pero eso no es mucho consuelo, ¿o sí? Si alguien se sienta a tu lado en un autobús y te extiende la mano diciendo: «Hola, soy John, solo he asesinado a unas pocas personas», eso no te dejaría precisamente tranquilo. Pero así es, he matado, y algunos eran demonios, es verdad, pero otros eran personas. Que yo no haya matado a esas personas personalmente no es el punto; murieron por mi culpa. Eso es algo que te cambia. Comienzas a ver las cosas de una forma diferente, la vida y su fragilidad. Es como si todos fuéramos Humpty Dumpty, unidos por un cascarón delgado y agrietado, colgados en una pared como si no fuera gran cosa. Creemos ser invencibles, y luego, un pequeño golpecito y *pum*, se escapan más sangre, vísceras y gritos de los que jamás hubieras imaginado que podrían estar dentro de un solo cuerpo. Y cuando la sangre desaparece, todo lo demás desaparece con ella; respiración, pensamiento, movimiento. Existencia. En un minuto estás vivo, y luego, de repente, ya no lo estás.

Solía preguntarme si todo eso iba a algún lugar. Si las cosas que solían conformar tu «vida» realmente dejaban tu cuerpo para ir físicamente a otro sitio. Conservación de la materia y la energía, y todo eso. Pero he visto la muerte, y la vida no va a ningún lado, y creo que eso es porque la vida no existe, no realmente. La vida no es una cosa, es una condición; la activamos y la desactivamos. Con todo lo que hablamos sobre tomar una vida, no hay nada que tomar.

Pero soy bueno ahora, lo prometo. He matado, y cualquier deseo de sangre que haya tenido está satisfecho. Me levanto por las mañanas, voy a ver a mi tutor, voy a terapia y luego a trabajar con el FBI, donde ayudo a rastrear a otros asesinos; y digo las cosas correctas y hago las cosas correctas, nadie me tiene miedo y todo está bien. Miro programas sobre viajes. Cocino. Resuelvo acertijos para mantenerme ocupado. Y, algunas veces, por la noche, voy a la carnicería, pido la pieza más grande de carne, la llevo a casa, cubro la habitación con plástico y hago pedazos la carne con un cuchillo de cocina, cortando, desgarrando, picando y gruñendo, hasta que no quedan más que restos. Luego, envuelvo el plástico con la carne, sangre y todo, lo desecho y todo queda limpio y en calma otra vez.

Porque soy bueno ahora.

Lo prometo.



—Te amo, John.

Solía pensar que amaría escuchar a Brooke Watson decir esas palabras. Pero ahora rompen mi corazón cada vez que las oigo. Nunca creí tener un corazón, hasta que estuvo roto. Es difícil ver el sentido de algo que todo lo que provoca es dolor.

—Tú no me amas —respondí, acomodándome en la incómoda silla de hospital. Estábamos sentados en el área de

demencia de un asilo en una polvorienta y pequeña ciudad del medio oeste llamada Fort Bruce. Era más grande que Clayton, el pueblo en el que Brooke y yo crecimos, pero eso no es mucho decir. Habíamos dejado Clayton hacía casi un año, cuando Brooke comenzó a perder la cabeza. Solo ha empeorado desde entonces—. Tu nombre es Brooke Watson y eres mi amiga —le dije.

—Mi nombre es Nadie —aseguró ella negando con la cabeza.

—Nadie era un demonio. Tú la llamaste «Marchita».

—Los Marchitos son malignos —su expresión se oscureció.

Miré a través de la ventana enrejada el cielo gris sobre el manto de nieve de enero que cubría la ciudad como una capa de cenizas. La nieve nueva es limpia, la vieja es negra, llena de suciedad y basura.

—Es verdad —volví a mirar a Brooke—. Los Marchitos son malignos, y tú no eres una de ellos. Nadie era un monstruo, ella te poseyó, pero ya se ha ido. Ella está muerta y tú tienes sus recuerdos, pero no eres ella. Tú eres Brooke —la miré, preguntándome otra vez (por milésima vez), cómo podría ayudarla. Su mente parecía oscilar como la brisa, etérea e imposible de predecir.

«Poseída» no era exactamente la palabra correcta para describir lo que le había ocurrido, pero se acercaba; la posesión implica un espíritu o fantasma, pero el cuerpo de ella fue tomado por una entidad física, un monstruo hecho de cenizas y grasa, un lodo negro que Brooke, en sus momentos más lúcidos, llamaba «materia del alma». El demonio llamado Nadie estaba hecho de eso, se metió en su sangre y la manejó como a una marioneta. Supongo que la mejor palabra sería que Brooke fue «invadida» pero, honestamente, hablando de invasiones corporales y usando palabras como «mejor», las cosas resultan un poco embarazadas y bien podrías no hablar de eso en absoluto. Pero así es la vida en el negocio de la caza de demonios, supongo.

Oh, sí.

Brooke miró sobre mi hombro, con sus ojos fijos en algún recuerdo distante más que en la pared del hospital a apenas tres metros de distancia. Kelly Ishida, la policía que forma parte de nuestro pequeño grupo de cazadores, había cubierto la pared con posters de flores y paisajes, pero parecían casi insultantes. La mente de Brooke fue sepultada bajo miles de años de recuerdos oscuros, cuando se fusionó con la de un demonio que pasó milenios invadiendo cuerpo tras cuerpo, chica tras chica, solo para resultar inevitablemente desilusionada hasta acabar con su vida (y la del cuerpo anfitrión) una y otra vez. ¿Se suponía que unos posters de flores harían que eso desapareciera?

—Mi nombre es Lucinda —dijo Brooke, furtivamente, como si estuviera contándome un secreto—. Solía vender flores en el mercado, pero ahora estoy encerrada aquí —se detuvo por un momento y luego sus ojos se fijaron en mí—. No me gusta este lugar —una pequeña lágrima se comenzó a formar en uno de sus ojos, creciendo hasta caer sobre sus pestañas, deslizándose por su rostro. La observé caer por su piel, dejando un delgado rastro húmedo. Me concentré en la lágrima porque me ayudaba a ignorar todas las cosas horribles que nos rodeaban. Su voz parecía lejana y débil—. ¿Puedes sacarme de aquí?

Estábamos, como dije, en el área de demencia del Centro de vida asistida Whiteflower. Habíamos viajado mucho, siguiendo los recuerdos incompletos de Brooke sobre varios Marchitos; pasamos cerca de cuatro meses en San Luis persiguiendo a un demonio llamado Ithho que les robaba los dedos a las personas, y luego alrededor de siete meses en Callister, cazando a un demonio que solo podía escuchar a las personas sufriendo. «Demonio», al igual que «poseída», no era la palabra correcta ahora que sabíamos lo que eran —que aún no era mucho francamente—, pero al menos sabíamos que no eran como el típico viejo de la bolsa del catolicismo o del judaísmo, o de otra de las grandes

religiones. Llegamos a Fort Bruce por el hecho sin precedentes de que se encontraban dos Marchitos en la misma ciudad; habíamos pasado unos tres meses recolectando información y, como la ciudad no tenía una verdadera institución mental, Brooke se encontraba en Whiteflower con un grupo de pacientes con demencia. Ella era la más joven, por varias décadas, pero más allá de todo, el lugar tenía un buen servicio: su habitación y el piso estaban cerrados, ella se encontraba bajo vigilancia constante y el personal tenía experiencia en enfermedades mentales y en riesgo de suicidio. Una de las pocas cosas que Brooke podía recordar era haberse quitado la vida miles de veces y haber sobrevivido. Su percepción de las cosas estaba un poco alterada.

—Tienes que quedarte aquí por ahora —le dije. Lo decía casi a diario, sin importar cuánto lo odiaba. Un año atrás no hubiera dicho nada, probablemente me habría marchado sin más, para ser honesto. No tener sentimientos había sido mucho más sencillo que sentirse culpable todo el tiempo—. Estás enferma, y aquí pueden ayudarte.

—No estoy enferma, soy Lucinda.

Lucinda era una de las mujeres a las que Nadie había asesinado en siglos, y sus recuerdos estaban mezclados con los de todas las demás dentro de la mente de Brooke. El doctor Trujillo, el psicólogo de nuestro equipo, contó más de treinta personalidades diferentes, pero dijo que pocas salían a la luz en más de una ocasión. Lucinda lo había hecho tres o cuatro veces, y me preguntaba qué había en la situación de Brooke que hacía que esa chica en particular emergiera. ¿Habría estado en una institución o en un hospital? Pocas de las víctimas de Nadie eran tan actuales, si no lo malentendimos; la mayoría eran de cientos o miles de años atrás. ¿Cómo había encontrado a Lucinda, y dónde? ¿Qué la había atraído de la vida de esa chica y qué había provocado que eventualmente acabara con ella?

¿Cómo son los recuerdos de Brooke sobre la muerte?



—Tu nombre es Brooke Watson —repetí—. Mi nombre es John Wayne Cleaver —dudé, sabiendo lo que quería decir pero sin atreverme a expresarlo en voz alta. Me quedé sentado con la boca abierta, luchando con las palabras hasta que finalmente las dije, en voz baja en caso de que el doctor Trujillo estuviera escuchando—. Voy a sacarte de aquí, no sé cuándo, pero lo prometo. Vamos a escapar.

—¿Vamos a casarnos?

—No, Brooke, tú no me amas —sus palabras eran como un piquete helado en mi pecho y respondí negando con la cabeza.

—Te amo más que a nada —insistió con firmeza—. Te he amado por miles de años, te he amado desde que el sol nació y las estrellas cantaban canciones para despertarlo. Te amo más que a la vida, que a respirar, que al cuerpo y al alma. ¿Quieres que te demuestre...?

—No —dije, intentando calmarla—. Detente. Voy a sacarte de aquí, pero tienes que dejar de decir eso.

—Será nuestro secreto, entonces.

—No —repetí—, no será nuestro nada. Tú no me amas.

Se detuvo un momento, analizándome con una mirada que parecía demasiado vieja para una chica de diecisiete años.

—Sé todo sobre la nada —dijo suavemente—. Yo soy Nadie.

—Tú y yo Brooke, ambos. Tú y yo —respondí con un suspiro.



Nathan Gentry golpeó la mesa de la sala de conferencias con la punta de sus dedos.

—Esta vieja está loca.

De todas las personas de nuestro equipo, Nathan sería el más fácil de asesinar. No es que necesariamente quisiera

matar a uno de ellos, pero tenía un plan para hacerlo en caso de que fuera necesario. No hace daño estar preparado. Nathan era flojo, pero no gordo, una combinación ideal entre «fuera de forma» y «sin aislación» que dejaba sus órganos vitales justo en la superficie, sin músculos o grasa interponiéndose en el camino. Para los demás necesitaría un plan, pero con Nathan todo lo que necesitaba era un cuchillo: un corte en el estómago o en las piernas para retrasarlo, acercarme y cortarle la garganta. Él daría pelea, pero yo ganaría. Si se encontrara distraído en el momento, leyendo un libro con sus auriculares puestos como lo hace la mayor parte del tiempo, sería más sencillo.

De alguna manera esperaba que, si alguna vez llegaba ese momento, él no lo hiciera fácil.

Se suponía que yo no debía pensar esas cosas, obviamente. Tenía reglas para evitar lastimar a alguien, reglas que estuve siguiendo desde que tenía apenas siete años; desde que descubrí, con la sangre de una rata muerta en mis manos, que era diferente de las demás personas. Que era un sociópata apartado del resto del mundo, rodeado de gente normal pero siempre inexorablemente solo. Tenía reglas para mantener mis impulsos más peligrosos bloqueados. Pero también tenía un trabajo, y era planear asesinatos. Todo el día, todos los días, estudiaba a nuestros objetivos, descubría sus debilidades, y encontraba la forma precisa de matarlos. Es un conjunto de habilidades en las que soy particularmente bueno, pero no es algo que se pueda desactivar fácilmente.

Aparté la vista de Nathan para mirar las fotografías de nuestra investigación, forzándome a concentrarme en el asunto que estábamos tratando. La «vieja» que Nathan creía que estaba loca era Mary Gardner, y él tenía un buen punto, aunque eso no me hacía odiarlo ni un poco menos. Desvié mi desprecio en lo que esperaba que fuera una provocación graciosa.

—Entrenamiento de la sensibilidad —le recordé. Como empleados del gobierno teníamos bastante entrenamiento de la sensibilidad, y se había convertido en uno de nuestros recursos para rematar cualquier clase de broma, insulto o parloteo. Me gustaba tener esa clase de recursos, porque me hacía más sencillo saber lo que a otros les resultaba gracioso y qué les resultaba molesto. No siempre podía descubrirlo por mi cuenta.

—Lo siento —dijo Nathan—, esta «mujer» está loca —el ritmo en su voz desapareció, de una forma que llegué a reconocer como un sarcasmo frustrado. Reprimí una sonrisa, sabiendo que había llegado a él.

—Eso no es lo que él quería decir —agregó Kelly. Y su voz tenía un rastro de frustración también—. Quiere decir que no deberías usar «loca» como un calificativo, ya que John también tiene un desorden mental.

Kelly Ishida sería mucho más difícil de asesinar. Había tenido entrenamiento como policía y trabajó en homicidios por seis años según su archivo, así que ella sabía cómo defenderse. Su archivo también decía que tenía veintinueve años, pero si la hubiera visto por la calle habría jurado que tenía veintidós. O veintitrés, como máximo. Era casi de mi estatura, de ascendencia japonesa-americana, con cabello negro largo y ojos oscuros. También sabía que tenía el sueño muy ligero y que guardaba un arma en su mesa de noche; ninguna de esas eran señales de una mente particularmente sana. Asumí que tendría algo que ver con el incidente que provocó que dejara la policía y se uniera a nuestro equipo, pero aún no lo sabía con certeza. Los detalles no estaban en su archivo, pero lo que fuera le causó muchos problemas de confianza. Aunque no tantos como ella creía; aún dejaba que yo le llevara el café a diario. Si el momento llegaba —si es que llegaba— podía envenenarla cuando quisiera.

—Nosotros, los locos, tenemos que mantenernos unidos —comenté, aún analizando las fotografías. Había visto

algo en una de ellas y, luego de pensar por un momento, se la pasó a Kelly a través de la mesa; problemas de confianza o no, ella era una excelente detective. La fotografía era casi idéntica a todas las que teníamos de Mary Gardner: vestía un uniforme de enfermera, un suéter y un barbijo azul; pero esta tenía una diferencia clave. Indiqué una sombra extraña en el centro.

—Mira esta protuberancia junto a su cintura.

—Los suéteres hacen eso a veces, así que es difícil estar seguros de lo que haya debajo. ¿Crees que sea un arma? —preguntó Kelly examinando la fotografía más detenidamente.

—No es su cadera, a menos que tenga unas caderas muy extrañas —comenté.

—Entrenamiento de la sensibilidad —dijo Diana, y tuve que reprimir otra sonrisa. Diana Lucas era la única persona del equipo que alguna vez disfrutaba de mis bromas. Matarla no solo sería difícil por su físico (había sido militar y era tan fuerte como un ladrillo), sino que también lo lamentaría después. No éramos amigos, de por sí, pero nos llevábamos bien; unidos por el desprecio compartido hacia Nathan, como si fuera poco. Él siempre le decía que debían andar juntos, como las únicas personas de color del equipo, y creo que eso la irritaba más que nada. Incluso lo golpeó una vez. Sinceramente deseaba no tener que matar a Diana.

—Compárala con esta —volví a dirigirme a Kelly, acercándole otra fotografía por la mesa—. Esta es más antigua, de hace unas semanas, así que lleva otra ropa y la estamos viendo desde otro ángulo. La protuberancia sigue ahí. Es demasiado constante como para ser un pliegue del suéter.

—Tal vez —respondió Kelly, y tomó una lupa, una verdadera lupa, como de un detective de antaño. Era una de las excentricidades de Kelly. Esperaba que sacara una pipa y un sombrero de Sherlock Holmes—. Podría ser un arma —

agregó estudiando la fotografía más a fondo—. ¿Tenemos alguna otra toma de ese lado?

—¿Cuál es el problema con un arma? —preguntó Nathan, mirando cómo yo filtraba las fotografías—. Ella es alguna clase de monstruo sobrenatural, ¿no es así? Al parecer, un arma sería el menor de nuestros problemas.

—Entrenamiento de la sensibilidad —dije.

—Ah, vamos, ¿ahora qué? —respondió Nathan con un tono incluso más frustrado que antes—. ¿Ya no podemos llamar monstruos a los monstruos? ¿Nos preocupa ofenderlos?

—Me estaba advirtiendo a mí mismo esta vez —dije mientras encontraba otra fotografía y se la entregaba a Kelly—. Estaba a punto de llamarte «idiota» y quería evitarles a los demás la molestia de remarcármelo.

—Oye —comenzó a protestar, pero lo interrumpí.

—Eres un idiota —agregué—, pero para ser justo, también eres nuevo, así que tal vez aún no has terminado con toda la lectura.

—He leído más que nadie en esta habitación —dijo él—. ¿Olvidas que tengo literalmente un doctorado en Biblioteconomía?

Diana puso los ojos en blanco; no podíamos olvidar los títulos de Nathan, porque él los restregaba frente a nuestras narices cada vez que tenía oportunidad.

—Te haré saber si alguna biblioteca de ciencias comienza a sangrar. Pero hasta entonces, aplica tu investigación con un poco de sentido común. ¿Asumo que leíste el reporte sobre mi segundo encuentro con un Marchito?

—Por supuesto que lo hice —respondió—. Eso es exactamente de lo que estoy hablando. Si esta mujer es capaz de transformar sus manos en garras o lo que sea, un arma parece la menor de nuestras preocupaciones.

—Entonces si ella tuviera poderes sobrenaturales que harían que una pistola fuera redundante, ¿por qué lleva un arma?

—No todos los Marchitos tienen garras —dijo Diana, explicando nuestro razonamiento más pacientemente que yo—. Algunos de ellos (como el segundo con el que John se enfrentó, Clark Foreman), al parecer *no* tienen ningún medio de defensa, ni poder sobrenatural más allá de cualquier base... lo que sea... que los convierta en Marchitos en primer lugar. Foreman tenía un arma específicamente porque *no* tenía garras. Si nuestra información es correcta, Mary Gardner absorbe la salud de otros para mantenerse sana, y es por eso que trabaja como enfermera. Nada en su perfil indica que tenga alguna forma de defensa sobrenatural, y el hecho de que lleve un arma apoya ese análisis.

—De acuerdo, tiene sentido —asintió Nathan—. Nunca lo había pensado de esa forma.

—Eso es porque eres un idiota —respondí.

—En serio —dijo Nathan golpeando la mesa—, ¿por qué rayos aguantan a este niño? ¿Qué tienes, dieciséis?

—Diecisiete.

—Diecisiete años y bocón como el diablo, ¿y nosotros tenemos que sentarnos aquí y simplemente aguantarte porque eres alguna clase de súperpsicópata? —continuó, mirando a Diana—. ¿Es porque respetamos sus habilidades como sociópata asesino, o porque tememos que enloquezca y nos mate a todos?

Nathan era al menos diez años mayor que yo, pero mucho más joven de lo que sus credenciales sugerirían, porque él, al igual que todo el resto del equipo, era un prodigio en su área de experiencia. De acuerdo con su archivo, tenía dos másteres y dos doctorados, todos ellos relacionados con alguna forma de investigación. Sabía más que nadie que conociera sobre historia mediterránea, lo cual era particularmente impresionante ya que una de las personas que conocía era Brooke/Nadie, quien había vivido allí literalmente durante siglos. Sabía todo eso sobre él por su archivo, pero también porque nos lo contaba constantemente; al igual que nos contaba cómo se había abierto el ca-

mino para salir del gueto en Filadelfia, pagando él mismo la universidad y obteniendo su primer doctorado de Harvard antes de cumplir los veinte años. Había logrado muchas cosas, y yo respetaba eso; lo que me fastidiaba era que supiera tanto acerca de todo y que de lo único que hablara, al parecer, fuera de él mismo. ¿Cómo no iba a confrontarlo por eso?

—Él simplemente me observa —comentó Nathan.

—Él hace eso —dijo Diana—. No te acostumbras a eso —por mucho que la admirara, secretamente me sentía orgulloso de poder ponerla así de nerviosa. Ella había entrenado con las fuerzas de seguridad de la Fuerza Aérea, uno de los únicos servicios en Estados Unidos que entrenaba mujeres como francotiradoras, y ella había sido su estrella. Había estado en el equipo antes de que yo me uniera a él, así que no estaba seguro de cuáles fueron las circunstancias en las que llegó; los detalles no estaban en su archivo, al igual que los de Kelly. Para ser exacto, los míos tampoco estaban; sabían que yo había matado a tres Marchitos y que mi mamá había muerto en el ataque final, pero no sabían cómo. Y tampoco sabían nada sobre Marci.

Noté que estaba presionando el borde de la mesa con tanta fuerza que las yemas de mis dedos estaban perdiendo el color. No podía permitirme seguir pensando en Marci. Repasé mi secuencia numérica, un ejercicio mental que me ayudaba a calmarme: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34. *Inhala y exhala profundamente.*

—Esto es definitivamente un arma —afirmó Kelly, que seguía inmersa en las fotografías—. Fue un buen hallazgo, John. Llamaré a los demás.

—¿Qué nos dice eso exactamente, entonces? —preguntó Nathan—. Ella trabaja hasta tarde en una parte peligrosa de la ciudad; tal vez quiera ser capaz de defenderse sin tener que transformarse en un monstruo todo el tiempo.

—Eso es totalmente posible —asintió Kelly—, pero, por otro lado, nuestros registros no dicen nada acerca de que